

Preprint “¿Qué biografía para qué historia? Conversación con Isabel Burdiel y María Sierra (Mónica Bolufer)”, en Henar Gallego y Mónica Bolufer (eds): *¿Y ahora qué? Nuevos usos del género biográfico?*, Barcelona, Icaria, 2016, pp. 19-35.

ISABEL BURDIEL (UNIVERSITAT DE VALÈNCIA)

MARIA SIERRA (UNIVERSIDAD DE SEVILLA)

¿Cómo entendéis la biografía en el trabajo histórico? ¿Como un género específico? ¿Una forma de hacer historia?

IB:

Como historiadora, para la cual la biografía es un instrumento analítico, no la concibo como un género específico (aunque desde otros ámbitos pueda plantearse así) sino como una perspectiva particular de abordar problemas de orden general – o incluso proponer problemas de orden general- a partir de estudios que se fijan en el potencial heurístico de experiencias individuales. El reto es cómo articular lo general y lo particular sin que lo segundo quede ahogado en lo primero y sin que la atención a lo individual pierda de vista lo colectivo. De hecho, anima a pensar de nuevo, de forma intensa, las relaciones de lo individual y lo colectivo, lo particular y lo general...la construcción histórica de esas mismas dicotomías. En todo caso, decir que Historia y Biografía se requieren mutuamente no tiene consecuencias metodológicas determinadas. Es, simplemente, el marco en el que comienza el debate sobre el *cómo* y el *para qué*. Existen varias formas de abordar los estudios biográficos, como existen varias formas de abordar lo que consideramos historia.

Por todo ello quizás, como ha propuesto Sabina Loriga, deberíamos utilizar, más propiamente, el término de *historia biográfica*.

MS:

Utilizo como pie la fórmula propuesta por Isabel Burdiel al final de su respuesta: la *historia biográfica* es para mí la forma más interesante y productiva de pensar la biografía desde la investigación histórica. No entiendo, por tanto, la biografía como un género específico o un campo de estudio en sí mismo, sino, antes bien, como un enfoque y una vía de entrada en problemas históricos relevantes. En este sentido, la biografía es desde mi punto de vista una más de las herramientas de las que disponemos para nuestra tarea. Recuerdo bien la discusión mantenida hace años con un historiador al que admiro, Giovanni Levi, cuando presenté en una reunión mi primer trabajo biográfico: ante mi propuesta de emplear la biografía como un abordaje compatible con otros –historia cultural de la política y género, más exactamente-, buscando avanzar en problemas complejos para los que no encontraba respuestas satisfactorias desde otras ópticas, Levi me recriminó el uso del término “herramienta” para hablar de biografía. “Un kalashnikov también es una herramienta”, señaló sonriente, con su agudeza proverbial. Es cierto que algún tiempo después, al profundizar en las complejidades de la biografía en trabajos posteriores, entendí mejor su batalla por exigir determinadas implicaciones teóricas y metodológicas a las historias que se llaman a sí mismas biográficas. Pero también me di cuenta de que una metáfora –esa imagen impactante de un fusil de proverbial capacidad destructora- siempre esconde un engaño lógico, por muy brillante que sea (o, precisamente, a fuer de ser brillante). Sin pretender destruir el altar de ninguna advocación de Clio, hoy por hoy sigo manteniendo que la biografía no es para mí un género, una escuela o una genealogía epistemológica que obligue a determinados mandamientos, sino una forma de hacer historia que deviene particularmente potente gracias precisamente al entrecruzamiento con otros abordajes. Como herramienta implica, desde luego,

opciones metodológicas y reflexiones sobre la filosofía de la historia; de hecho, se trata de un abordaje especialmente exigente a la hora de plantearse, como señala Isabel Burdiel, dicotomías historiográficas tan esenciales como la tensión entre lo individual y lo social. Pero, en mi opinión, la potencia heurística de la biografía –como la de cualquier forma de hacer historia- se refuerza con el mestizaje y con el uso heterodoxo, artesanal, adecuado a cada caso e intención. Llegados a este punto y antes de matizar algunas de estas afirmaciones a través de las siguientes preguntas, he de decir que para mí la biografía es, antes que nada, historia social.

Cuando se defiende, como suele suceder en historia de las mujeres (pero también en otras formas de historia), la justicia y la pertinencia de recuperar sujetos silenciados u oscurecidos por los relatos históricos más habituales, ¿cómo evitar una historia (biográfica o no) que se deslice hacia actitudes celebratorias o victimistas?

IS:

Ese problema no es privativo de la historia de las mujeres, como bien apunta la pregunta. En este, y en otros casos, creo que la forma de evitar la auto/celebración o el victimismo es atender de forma rigurosa a los contextos de actuación de los agentes sociales, evitando el anacronismo que suele estar implícito tanto en la celebración como en el victimismo. Se trata de analizar el horizonte de experiencias y sentido, los lenguajes disponibles para la transgresión (o para el acomodo) en un momento y sociedad determinados, en unos contextos específicos que son los que nos pueden proporcionar las condiciones y las posibilidades para la victimización, para la asunción del papel de víctima y también para la emancipación. Esos contextos suelen ser varios y entrecruzados, dependiendo por supuesto del carácter más o menos abierto o

complejo de las sociedades y los tiempos con los que tratamos. Los cruces contextuales son fundamentales porque son los que permiten comprender las diversidades de trayectorias posibles por parte de distintos individuos, su propia conformación como tales y, también, la necesidad de cuestionarles como sujetos unitarios y homogéneos. Creo que, como ocurre en otro tipo de aproximaciones, los peligros enunciados en la pregunta se conjuran o limitan atendiendo de forma rigurosa las categorías específicas del pasado y a cómo favorecen o limitan diversas posiciones o posibilidades de ser.

MS:

La pregunta plantea muy acertadamente un problema que supera el alcance de la historia biográfica, por un lado, y el campo de la historia de las mujeres, por otro. Pero en mi opinión se trata de un dilema que, a la vez de ser muy cierto, tiene algo falso. Es, en alguna medida, falso porque toda historia que recupera sujetos antes invisibilizados en las narrativas oficiales está obligada a ser una historia reivindicativa, que señale injusticias históricas e historiográficas: no hay posibilidad de romper el silencio al que los relatos hegemónicos han castigado a los colectivos marginalizados (obreros, esclavos, indígenas, mujeres...) si no se procede a dar corporeidad –histórica y actual- al sujeto que ha sufrido ese “no ser” definido por la cultura dominante. Para poder introducir la historia de las mujeres en las agendas investigadoras, en los itinerarios docentes, en los relatos históricos... ha sido necesario crear conciencia e identidad colectiva, con sus símbolos, sus solidaridades, sus reivindicaciones y su celebraciones. J.W. Scott planteó de forma honesta y brillante los dilemas de la identidad desde la perspectiva del género. Sus reflexiones me están siendo una vez más de gran ayuda al plantearme recientemente un nuevo espacio de investigación: la historia de los gitanos y las gitanas. Más allá de que este colectivo sea abordable desde el género como herramienta

historiográfica (o deba de ser, como todos, atravesado por el género), el dilema de la identidad colectiva –que es, a la vez, plataforma precisa para la acción y peligrosa jaula cosificadora- se me plantea a cada paso. Se me plantea tanto al investigar e intentar contar la historia del sujeto más invisibilizado de todos los sujetos historiográficos imaginables desde la cultura occidental moderna, como al colaborar con asociaciones y activistas romaníes que conocen bien la necesidad imperiosa de contar con una identidad colectiva reconocible (desde dentro y desde fuera).

Dicho esto, también es cierto que la historia victimista y celebratoria embota el potencial científico y cívico de nuestra disciplina. Una de las cosas que más inquieta, si te encuentras embarcada en una labor historiográfica que consideras tiene sentido político, es enfrentarte a historias de un victimismo tan cerrado que solo pueden generar lecturas a la defensiva. Aunque sean trabajos y relatos bienintencionados, solo producen ruido, un ruido que dificulta más que ayuda en la labor de análisis, denuncia y propuesta de actuaciones. La única vacuna que tenemos a nuestro alcance, creo, es la autovigilancia permanente. Ser muy exigentes preguntándonos cómo interviene en nuestro trabajo el lugar desde el que hablamos; cómo determina este lugar el quehacer historiográfico, en nuestro caso. Es algo que ayuda al esfuerzo de contextualización histórica que propone IB. Hay que ser cuidadosos/as atribuyendo intenciones, valorando límites o alcances de actuaciones, interpretando los discursos de los sujetos históricos que analizamos. Esto es posible solo si somos rigurosos con nosotros mismos/as como investigadoras: vigilar siempre nuestros juicios previos, para desmontarlos; repensar nuestro lenguaje, para ser conscientes de sus trampas; indagar en la genealogía de las categorías socio-históricas que empleamos, para asumirlas o rechazarlas; abrir nuestra mirada a las lógicas y herramientas de otras disciplinas, para apreciar los supuestos de la propia... Nuestro principal enemigo es

todo aquello que damos por supuesto, aquello que hemos naturalizado e incorporado a nuestro sentido común. La inquietud y la inseguridad deben ser, en este sentido, bienvenidas, tanto al hacer historia de las mujeres como al hacer cualquier otra clase de historia.

En vuestro propio trabajo, ¿cuándo comenzásteis a interesaros por la perspectiva biográfica, y por qué? ¿Qué posibilidades consideráis que ha aportado a vuestras investigaciones el hecho de incorporar ese enfoque?

IB:

Empecé a interesarme por la historia biográfica a partir de la historia política del liberalismo decimonónico cuando puede advertir, con no poca perplejidad, que esos burgueses y liberales que yo estudiaba no respondían a un patrón o modelo uniforme y que, además, cuando seguía la trayectoria de alguno de ellos, comprendía más, mejor y de forma más compleja qué significaba aquello del "liberalismo", lo cual trastocaba o complicaba mis premisas iniciales y los relatos generales de los que disponía y que quería someter a prueba.

A partir de ahí, de esas trayectorias más particulares, empecé a interesarme por la importancia, subterránea pero muy efectiva, que advertía que tenía la naturalización (siempre tensa) de las diferencias entre hombres y mujeres en la concepción del mundo y de sí mismo del liberalismo. Trabajé entonces sobre Mary Wollstonecraft y Mary Shelley y me di cuenta de que es imposible entender ninguna empresa intelectual si no se la relaciona con una empresa vital o, más bien, que vida y obra suelen formar parte de la misma "empresa", de lo que denominé entonces el "anhelo biográfico".

Mi interés por el papel de la monarquía en la España de la postrevolución liberal me llevó a Isabel II como persona y como personaje, las condiciones de su fabricación cultural y política, su

impacto en la evolución de la institución y las relaciones entre ésta y el mundo de los notables liberales, la importancia de las asunciones culturales del momento sobre el poder de las mujeres en relación con las formas de legitimación y deslegitimación culturales de la institución monárquica, etc. Con la perspectiva que da el tiempo, creo que aquel libro tenía una perspectiva biográfica múltiple que afectaba a muy diversos personajes de la Corte, y no sólo ni quizás fundamentalmente a Isabel II. La presencia individual (en el sentido estricto del término de "diferencial" y "actuante") de su madre Ma Cristina de Borbón se impone en el relato y adquiere centralidad en el análisis, como se impuso en buena medida, y fue central, en la vida y construcción (incluida la proyección pública y los márgenes de acción) de ese personaje de Isabel II. Eso me lleva a la reflexión de si todos los sujetos históricos son igualmente "individuos" y de si es posible una biografía sobre un personaje paradójicamente tan poco individualizado, o al menos tan opaco en su individualización, como Isabel II

Ahora estoy interesada en alguien que es casi el extremo opuesto. Alguien con una personalidad individual muy poderosa, muy compleja y con gran capacidad de acción sobre su propia vida. Ese alguien es Emilia Pardo Bazán, cuya trayectoria me atrae, además de por lo que acabo de decir, por su capacidad para convertirse en un caleidoscopio que arroja una luz particular, pero con resonancias generales, sobre las tensiones del momento clave de consolidación y crisis del liberalismo oligárquico en la España de la Restauración. Es decir, sobre algo que podría denominarse "la modernidad y sus descontentos", no sólo desde punto de vista de su feminismo radical sino también de su posición política francamente elitista y autoritaria, a mi juicio más *moderna* de lo que se ha querido ver hasta el momento. Me ha obligado a enfrentarme a una pregunta que es en sí misma producto de esa modernidad conflictiva que se cuestiona continuamente a sí misma: ¿Se puede ser progresista y conservadora

a la vez? ¿Se puede cuestionar, y cómo, los patrones convencionales respecto a que es ser *progresista* y *conservador*? ¿Qué posibilidades abre ese cuestionamiento y qué costes tiene? Es un mundo complicado y desconcertante el que abre Pardo Bazán si se atiende, como intento, a lo que Natalie Zemon Davis llamaba “categorías indígenas”.

Me permite, además, abordar de nuevo un tema que siempre me ha interesado: las relaciones entre historia y literatura. Más exactamente, el papel de la literatura en la conformación de la esfera pública liberal. La biografía me permite hacerlo de una forma más precisa y al tiempo más compleja. De nuevo el reto es plantear problemas generales y ofrecer respuestas individuales que los iluminen con otra luz, desde otros “rincones” significativos. Intentar entender cómo veía el mundo Emilia Pardo Bazán y cómo quería (y podía o no) incidir en él, me está ayudando a ver el siglo XIX de otra manera, a hacerme otras preguntas, a cuestionar una y otra vez las explicaciones lineales, a asumir el vértigo de la contextualización casi infinita y de la pluralidad de tiempos y miradas que pueden habitar un momento histórico, o un proceso histórico que creíamos más unitario y “coherente”.

MS:

Mi historia es semejante a la de IB en su punto de partida: me especialicé en una historia política que se interesaba por lo que, en un sentido amplio, podríamos llamar los fundamentos sociales del poder, indagando en sus claves económicas y culturales. Ya desde el análisis del clientelismo en la Restauración y luego del liberalismo decimonónico, me fui orientando hacia una historia cultural de lo político que encontró en el concepto de cultura política una vía de entrada productiva para abordar algunos *porqués* que se quedaban sin respuesta desde otros enfoques.

Hubo un momento en el que el enfoque de género, y de forma aún más concreta el estudio de la masculinidad, se convirtieron en algo fundamental para poder seguir avanzando, para profundizar en los sótanos culturales más profundos de las actitudes políticas. Al plantearme el papel de la virilidad en la construcción de la política liberal, recurrí a la ayuda generosa de Nerea Aresti, siempre dispuesta a entrar en el debate y a prestar consejo. E instalada en esta encrucijada de enfoques –historia cultural de la política y género-, fue cuando encontré en la biografía una fórmula tan rica como difícil (por compleja) para seguir avanzando, no ya solo a través de los problemas que me habían animado en principio, sino también para descubrir otras inquietudes historiográficas apenas avistadas antes. Llegada a este punto, la colaboración con el equipo coordinado por IB (las reuniones y publicaciones de la Red Europea de Teoría y Práctica de la Biografía) me enriqueció enormemente. Siempre he admirado la capacidad de la propia IB para adentrarse con valentía en ese “vértigo” contextualizador constante al que se refiere, y de allegar respuestas-preguntas que iluminan desde muchos ángulos inéditos problemas siempre relevantes, en mi opinión.

El atrevimiento de no mantenerse como investigadora en caminos trillados y darse, por el contrario, el lujo de cambiar la posición observadora y el instrumental utilizado, puede resultar “castigado” con una inquietud epistemológica tan infinita, me temo, como el vértigo del que habla Isabel. Si empecé a trabajar la biografía desde la historia política y de género, la figura del poeta-diputado-embajador Gabriel Tassara (1817-1875) me hizo añadir un nuevo elemento a la caja de herramientas que habría de emplear en el futuro: la historia de las emociones. Si el reto era profundizar en la construcción cultural de referencias interiorizadas como subjetivas que son fundamentales para explicar las actitudes políticas, la propuesta de entender las emociones como un producto histórico,

modulado social y culturalmente, no podía dejar de resultar profundamente atractiva. En la biografía de otro hombre público del Romanticismo, Manuel Bretón de los Herreros, pude cruzar herramientas asociadas a la noción de cultura política con otras derivadas de los estudios de género y, además, añadir el componente emocional siguiendo algunas propuestas que me parecen especialmente productivas en este campo (Reddy, Rosenwein). En varias reuniones y alguna publicación he procurado explicar una hibridación teórica y metodológica que, como resumo aquí, relaciona historia política con historia de género e historia de las emociones, pues, como puede deducirse de lo dicho, una vez más he preferido entender este abordaje como un enfoque transversal, compatible con otras ópticas, antes que como un campo delimitado de estudios. La biografía es el hilo rojo que lo ha hecho, en gran medida, posible este mestizaje.

Creo que, practique la forma de historia que practique en el futuro, recurriré siempre en algún momento a la historia biográfica. Es una apuesta también factible y productiva incluso para un campo de estudios apenas desbrozado, como el de la historia del pueblo gitano al que me refería antes. Es cierto que la carencia de tradiciones documentales e historiográficas al efecto puede hacer dudar de la pertinencia de esta propuesta. Pero la biografía encierra tal potencial historiográfico que merece la pena arriesgarse. En la actualidad, estoy embarcada en la tarea de biografar a gitanos y gitanas históricos con el objeto de visibilizar vidas plurales y diversas que quedan ocultas tras el estereotipo de las representaciones. Pero también aspiro a avanzar en el uso combinado de la biografía y la fotografía para iluminar fragmentos de vidas perdidas en el doble vacío del tiempo y del anonimato. Tras este empeño subyace una reflexión, sobre la que quizá sea oportuno volver más adelante, en torno a las posibilidades de la biografía como relato y su alta dosis de inteligibilidad.

¿Cuál creéis que es actualmente el estatus académico de la biografía en la disciplina histórica? ¿Sigue siendo considerada una forma "menor", útil tan sólo para la divulgación? ¿Hay algo de entusiasmo ingenuo en la voluntad de recuperar la "verdad" de los sujetos a través de la reconstrucción de sus vidas?

IB:

Creo que se ha limado mucho ese planteamiento de que la biografía es un "género borroso" entre la historia y la literatura, una forma fácil de hacer historia y de contarla. Esa valoración responde, sobre todo, a un desconocimiento de lo mucho que se ha avanzado en ese terreno y a una postura, esa sí ingenua, sobre el estatuto de la "verdad" en la historiografía, sobre el debate actual al respecto. Ese planteamiento pertenece al mismo orden de *pensamiento fácil* que aquel que cree que en la llamada vida privada se encuentra un mayor grado de "verdad" respecto a un individuo que en la vida pública. Es no haber entendido nada sobre la construcción histórica de lo privado y lo público y asumir una concepción romántica y poco problematizada del sujeto.

Para comprender la situación actual de la biografía, y con ello respondo ya en buena medida a la pregunta siguiente, hay que valorar en su justa medida la discusión actual propiciada por la historia biográfica en torno a cuestiones claves como (y no pretendo ser exhaustiva) la posición del biógrafo y su capacidad para construir y argumentar la significación histórica de una vida individual; la ampliación y reformulación de las nociones de individuo y sujeto histórico; la problematización de las nociones de experiencia, identidad, subjetividad, representatividad, privado y público. A ello habría que añadir (sin que haya una orden de prioridad o causalidad respecto a lo anterior) otras cuestiones cruciales relativas a las

técnicas argumentativas y los recursos expresivos de la narración/narraciones biográficas; el problema de las relaciones entre el tiempo histórico y el tiempo individual y, últimamente, el papel estratégico que puede desempeñar la perspectiva biográfica en el desafío de la llamada historia global a las fronteras nacionales y a los marcos cronológicos convencionales.

El potencial común de toda esa masa crítica creo que ya permite, distanciarse de la celebración auto-complaciente de prácticas historiográficas ya superadas y, también, de la creencia ingenua en que la biografía puede resolver por sí misma las aporías que suscita el carácter circular del conocimiento en su tensión constante entre el todo y las partes, lo individual y lo colectivo. Sólo desde ese doble distanciamiento puede la historia biográfica demostrar su capacidad para convertirse en un observatorio y un terreno de engarce útil para el cruce consciente y bien sopesado de diversos marcos de análisis. Una pluralidad de marcos y de recursos que, como ya advirtió Marc Bloch, constituye la condición *sine qua non* para entender históricamente; algo que yo creo que historia biográfica favorece de forma muy notable.

Por supuesto sigue habiendo biografías muy convencionales, como sigue habiendo historiografía convencional en todos los ámbitos.

MS:

Sinceramente, no creo que nadie en nuestro entorno académico dude ya seriamente de la rigurosidad y productividad de la biografía como forma de hacer historia tras los trabajos de Isabel Burdiel. Su investigación sobre Isabel II ha aportado más a la historia del liberalismo político que decenas de estudios (incluidos los míos) dedicados a diversos aspectos que, desde un punto de vista clásico,

serían considerados esenciales para hacer historia política –sistema electoral, partidos políticos, historia constitucional, etc.-.

Creo que también en otros ámbitos académicos occidentales, europeos y americanos, la biografía se ha convertido en los últimos años en una forma especialmente exigente e innovadora de hacer historia. Es cierto, como apunta la pregunta y la respuesta de la misma IB, que existe entre algunos autores de biografía (y bastantes lectores) la convicción implícita de que estas son historias especialmente “auténticas”, “verdaderas”, al ponernos supuestamente en contacto de forma más directa con ese mundo de las intenciones y los sentimientos de los actores sociales que están detrás de y explican su proceder. Pero esta forma poco problemática de entender la biografía histórica no quita para que existan también muy buenas biografías planteadas desde la inseguridad epistemológica, el desmontaje del personaje y la intención de introducir nuevas preguntas antes que la de dar respuestas cerradas. Pienso, por ejemplo, en la biografía intelectual de María Laffitte escrita por una joven investigadora, Begoña Barrera, en la que el cruce de enfoques se pone al servicio de una indagación abierta y honesta que me parece ejemplar. Personalmente, auguro un buen futuro a la “buena” biografía en los próximos años (aunque supongo que la “mala” biografía medrará también en el mismo nicho académico y editorial).

¿"Y ahora qué"? reza el título que hemos escogido para este volumen. ¿Dónde se sitúan los principales retos de futuro en una historia atenta a los márgenes de acción de los individuos, mujeres y hombres?

IB:

Como decía, he contestado en buena medida esta pregunta al hilo de la anterior. Los temas enunciados son los que a mí más me interesan del debate actual y sobre los que creo que hay que seguir reflexionando. Entre ellos, los relativos a las técnicas argumentativas me parecen sumamente prometedores; ahí es donde quizás está el reto mayor que, por cierto, creo que deberían plantearse también otras formas de aproximación historiográfica. En todo caso, la experiencia historiográfica de la biografía –como lectora, como investigadora y escritora- si algo me ha enseñado, particularmente, es que no hay biografía que interese sin uno o varios problemas (interesantes) que la orienten y la sostengan. Es ahí donde debe anclarse el esfuerzo por explicar la singularidad de una vida individual, sin someterla a un relato que la trascienda y anule pero sin renunciar tampoco a enlazar los destinos personales y las estructuras e instituciones sociales.

Desde ese punto de vista, la biografía puede ser un buen observatorio para recordar el carácter abierto que el estudio de una trayectoria individual confiere a la historia, la forma en que rescata la pluralidad del pasado y permite sondear las posibilidades y los límites de la acción de los hombres y las mujeres a través, precisamente, del análisis cuidadoso de las condiciones en que ésta puede desarrollarse, tanto por lo que respecta a las “desviaciones” como a las prácticas habituales. La cuestión, por lo tanto, no es sólo (como se pensaba clásicamente) si el sujeto es representativo o no sino de qué posibilidades del pasado nos habla, qué formas de mirar el mundo convoca en torno a sí. Es una puerta abierta, y esto sí que hay que celebrarlo, al rescate y la valoración de la diversidad y la diferencia.

MS:

Ese “¿Y ahora qué?” que dio título a la reunión y al volumen que resulta de ella nos interpela muy directamente, y me anima a

una respuesta más sincera que conveniente. Por eso, cerraré el círculo iniciado con la primera pregunta reconociendo que no me interesa el futuro de la biografía en sí misma, de la historia biográfica como forma de hacer historia. No somos sacerdotisas de ningún culto, al que debamos fidelidad. Lo que me interesa es seguir avanzando en las posibilidades de emplear la biografía de forma mestiza y atrevida, supeditada a otros objetivos e intenciones, que tienen que ver con entender la historia como un conocimiento con sentido social.

En este momento son varias las cualidades de la biografía que me atraen y me parecen preñadas de futuro. Por un lado, su capacidad para descentrar la historia, haciendo entrar en ella a nuevos sujetos o deslocalizando el lugar en el que habíamos colocado a sujetos ya atisbados. La biografía opera como una linterna que ilumina, a veces con una fuerza sorprendente, rincones en sombra y espacios ocultos. Por otro lado, me interesa especialmente, como antes adelanté, las posibilidades de la biografía como forma de componer el relato a través del cual articulamos y comunicamos los resultados de nuestra investigación: la inteligibilidad tan densa que para cualquier lector ofrece una historia de vida, el atractivo de una escritura muy cuidada que puede crear complicidad lectora, la especial capacidad de abrir una comunicación que es comprensión apelando a lo humano desde el relato de lo humano... Con la biografía se puede comprometer a quien nos escucha como no se hace con otros formatos del relato histórico. Es cierto que también puede comprometer a quien la escribe. Y en este punto, más que aportar argumentos sobre la empatía fría y otras formas de distanciamiento más o menos partícipe, sencillamente me declaro a favor de explorar las posibilidades de diversas formas de compromiso consciente y activo.

Por último, la biografía –o la historia atenta a los márgenes de acción de los individuos, mujeres y hombres, como enuncia la pregunta (entiendo que incluyendo de forma implícita la atención igualmente a los marcos que permiten o limitan esa acción)- lleva consigo, a poco que se practique con sensibilidad intelectual, una reflexión sobre el objeto –los objetos- de lo que consideramos y construimos como conocimiento histórico. En este sentido, como bien señala IB, la biografía, exigentemente ejecutada, obliga a una higiene epistemológica fundamental: al mostrar la contingencia y la discontinuidad de una vida, de cualquier experiencia vital, remite al carácter abierto que tenemos que reconocer en toda existencia humana; también a las del pasado, que hemos convertido en objeto de estudio y hemos calificado, clasificado y explicado, atribuyéndonos el papel de demiurgo-científico social. Uno de los dilemas que más me interesan en la actualidad es el de cómo continuar haciendo investigación histórica sin seguir contribuyendo a la cosificación de nuestros objetos de estudio. Así, Thomas Acton reflexionaba, a propósito de su labor como promotor de los estudios romaneses, sobre la paradoja de convertirse en experto con autoridad reconocida (incluso judicialmente) para determinar sobre una identidad que se había esforzado durante toda su carrera en estudiar (y desmontar) como un constructo histórico. Da bastante dolores de cabeza, pero me parece urgente contribuir a la deconstrucción de la autoridad del historiador/la historiadora. En algunos espacios de trabajo, los que tienen que ver con colectivos históricamente marginados para los que se pretende un lugar de visibilidad y el derecho a la memoria histórica, hay que resistirse a colaborar ingenuamente en la definición de “objetos” que son, ante todo, “sujetos”: sujetos de su propia historia a los que no podemos dar voz y a los que es preciso reconocer la capacidad epistemológica de narrar su pasado. La historia de las mujeres sabe de todo ello y puede contribuir desde su

experiencia científica y política a la historia emergente de otros grupos sociales históricamente marginados.